

FERNANDO SIGNORINI*

Prólogo: Una vida con el Diego

Es imposible concebir el fenómeno Diego Maradona sin describir su periplo por el mundo. Un recorrido que lo llevó de Buenos Aires al Vaticano pasando por Barcelona y Nápoles, en cuyo mar se sintió como un pez que nadaba en las aguas más propicias. El lugar que ocupa la ciudad italiana es céntrico, como bien entendió Asif Kapadia, que en su famoso documental puso el foco en Nápoles. Todavía tengo muy fresco el recuerdo del día que llegamos allí por primera vez, en julio de 1984. En aquel momento, nadie hubiese pensado en lo que estaba a punto de crearse. Del aeropuerto al estadio, el coche que nos acompañaba a mí y a Chitoro, el padre de Diego, pasaba por esos *vicoli*, esas calles angostas y llenas de basura, que no fueron precisamente la mejor presentación para la aventura de Maradona en su nuevo equipo. El padre de Diego me susurró: «¿A dónde lo han traído a mi hijo?». Delante de nosotros estaba José Alberti (el agente que hizo posible el traspaso del Barça al Napoli), quien le respondió:

* Fernando Signorini fue preparador físico de Maradona durante los mejores años de su carrera y una de las personas más cercanas al campeón argentino. Es autor del libro *Fútbol llamando a la rebelión. La deshumanización del deporte*.

«Don Diego, tiene usted razón. Pero verá que si se queda un año acá no va a querer irse nunca más». Y tuvo razón.

Mientras caminábamos por el caos de las entrañas de la ciudad, Diego disfrutaba de una experiencia sensacional en la bahía a bordo de un lujoso yate para firmar el contrato. En aquella bahía apareció el primer presentimiento de que algo estaba cambiando. Diego fue un ídolo para los napolitanos desde el minuto uno, demostró en poco tiempo ser uno más: un napolitano nacido en Argentina. Se sintió como pez en el agua, o más bien como un perrito con dos colas. Recuerdo cómo a la vuelta de los entrenamientos nos quedábamos hechizados por la estupenda vista del Vesubio desde las sinuosas curvas de Via Petrarca. Se había creado una sinergia única entre lugar y persona.

La cara de Diego cuando pisó por primera vez el San Paolo (que hoy lleva su nombre) era la de un niño feliz. Mientras los demás paseaban, él pateó una pelota al ángulo del arco y mostró en ese momento tanto su faceta juguetona como su calidad futbolística, entre las risas de todos los demás. El fenómeno nació aquel día, cuando su instinto y sus ganas de rebeldía se cruzaron con el arrebato de revancha del pueblo napolitano. Pasar de Barcelona, donde vivía en el acomodado barrio de Pedralbes, a Nápoles fue muy raro para un jugador de su calibre. Pero en Barcelona, paradójicamente, Diego tuvo muchos obstáculos para hacer la vida que él quería hacer, ya que el ambiente le exigía un determinado comportamiento. Sin embargo, no hay que olvidar que se trataba de un pibe de poco más de veinte años que venía de la humilde condición de una «villa miseria» en Argentina.

Antes de que llegara a la sombra del Vesubio, nadie podía imaginar la posibilidad de que Diego recalara en el Napoli.

«Si acaba jugando en Italia, lo hará en la Juventus, ¿no?», decían todos. Y una vez un periodista me dijo: «¿Te imaginas a Diego con el 10 de Platini?». Y yo le contesté: «En ese caso no sería Maradona...». En aquel contexto, el calor de la gente fue vital para que él se pudiera expresar al máximo nivel. Yo no puedo explicarme el mito de Maradona sin Nápoles. Creo que lo mejor que le pasó en su vida deportiva fue haber firmado por el Napoli, dónde alcanzó su zenit y su máxima serenidad. Con la Juve hubiera ganado algún *scudetto* más, pero no hubiera tenido nunca la oportunidad de demostrar la rebeldía de un oprimido que se niega a serlo. Ni siquiera con Boca Diego pudo mostrar de verdad su faceta revolucionaria y rebelde, pero con el Napoli sí.

Diego era una exageración como jugador y como personaje. Y eso está demostrado por el hecho de que con veinte años ya era un jugador que se mostraba muy desenfadado con el poder. Tenía el gen de la rebeldía inoculado en Villa Fiorito. Cuando era chico, ningún presidente lo había ido a buscar, y ningún papa tampoco fue a verlo en el barrio humilde en el que nació y se crio. Después, cuando empezó sus conquistas y, sobre todo, tras la gran actuación en el Mundial de México, los mismos que lo despreciaban quisieron trabar amistad. Terminó en el balcón de la casa del Gobierno en una clara manipulación del éxito, y terminó en el Vaticano. Diego era consciente de eso y me decía siempre: «Yo sé que me están usando, pero les dejaré hasta que yo quiera, y nunca me van a callar la boca». Hasta el último momento, estuvo al lado de las Madres de Plaza de Mayo, estuvo en la marcha de los jubilados en Buenos Aires, siempre se enfrentó al poder. Primero fue peronista y después kirchnerista. Eso siempre lo tuvo claro. Jamás iba a jugar para el opresor, sino para el oprimido. Él mismo sabía que el

pibe de Fiorito seguía siendo el mismo y en Nápoles encontró el caldo de cultivo más propicio, porque la pasión que los napolitanos sienten por el fútbol no puede asemejarse a ninguna otra.

Nápoles para él fue como Buenos Aires. Las dos ciudades se parecen, porque en ambas se alternan edificios lujosos y barrios marginales. Y ahí es donde fue inmensamente feliz, sobre todo antes de que su adicción empezara a ser preocupante. Diego encontró en el vestuario afecto y reconocimiento, y con los compañeros era Diego, como en la casa de Via Scipione Capece 3. Después, cuando salía de casa o del vestuario, se transformaba en Maradona.

Su partida definitiva, sin embargo, era lógico que fuera en Argentina. Con el paso del tiempo, cada uno tiende a volver a su casa. Él tenía un gran respeto hacia los símbolos, como sus padres, que siempre estuvieron en Argentina. Y, hasta pocas semanas antes de morir, creo que nunca llegó a plantearse poder irse así de repente. Cuando lo vi aparecer, en aquellas condiciones, el día de su cumpleaños en la cancha de Gimnasia, empecé a pensar que no le quedaban más de tres meses. Finalmente, fueron apenas veinticinco días. Tal vez él ya supo que estaba al borde del abismo. Al borde del abismo de una vida cuyo infinito y mágico periplo se tenía que cerrar cerca de donde había venido al mundo.